

Humillación temporal

Gabriela Díaz

En vez de dominar el arte de un instrumento como los demás niños, María se convirtió en una experta en el desplume de cebollas, zanahorias, maíz, papas y pepinos. Los veranos eran mucho más divertidos para mi madre que los años escolares. “Nos encantaba andar en el campo porque no escuchábamos los insultos como: Onion Head, Wetback, Mojado, Dirty Mexican” o el canto de “Go back to México”. El trabajo del campo, a pesar de las condiciones extremas, era mucho más cómodo que la escuela donde tenía que batallar para comunicarse para hacer nuevos amigos.

Nadie deseaba regresar a México, aunque los insultaran más de una vez, aunque la ropa nunca fuera nueva, aunque tuvieran que trabajar cada verano en el maldito calor en el campo. Nadie aspiraba a regresar. La razón principal y como mi querida madre lo dijo: “La vida era mejor aquí porque allá no teníamos comida ni cualquier otra cosa; aquí había un montón de comida, un coche, la familia y mi padre que por once años sólo lo veíamos una vez al año”. Aunque tenían que compartir su vestuario y todos sólo tenían un par de zapatos hasta que de plano ya no servían, gozaban la vida mientras trabajaban duro en el campo.

Mi abuela deseaba que nadie supiera que eran mexicanos, así que vivían en constante temor de que fueran atrapados por inmigración y los remitieran a México!. “La familia entera asistía a la misa en inglés e imitaba lo que hacía la otra gente”. “Cuando llegaba el momento de dar la mano, recuerdo como simplemente musitábamos palabras como los otros americanos”. Cuando iban de compras al mercado, mi abuela les advertía: “¡Allí viene alguien; no digan nada porque sabrán que somos mexicanos!”.

Acostada en su cama, mi mamá seguía con su historia reflexionando por unos momentos de los días durante la escuela y lo tanto que anhelaba lo que tenían los demás. Me comentaba que nunca trataba de conversar con las ‘güeritas’ porque hasta de lejos sentía la humillación. Lo más difícil era integrarse con los demás. “¿Pero por qué, mamá, si eran todos niños?”, yo le pregunté. Su respuesta fue corta pero con mucha verdad: “¿Pues de que íbamos a platicar si ya sabían que era ‘mojada’ y que olía como cebollas?”. Sería una vergüenza contarles realmente como llegaron, dónde vivían y que no tenían ‘papeles’. Así que ella caminaba por los pasillos cabizbaja con los mismos ‘blue jeans’ casi todos los días y la misma trenza, mientras las demás niñas se vestían con vestidos de diferentes colores, zapatos nuevos y peinados diferentes todos los días. Lo peor de todo de lo que me reveló mi madre no eran las desgracias de lo que decía la gente, sino “el sentirse avergonzado, como intruso, y el tener que interpretar por mis padres porque ellos no sabían inglés”.

Tristemente los recuerdos más bonitos que tiene mi madre son de cuando trabajaban en el campo y se sentía más feliz, y lo más importante era que a nadie le interesaba lo que uno llevaba puesto. Mi madre siguió siendo la experta en el desplume de cebollas, zanahorias, maíz, papas y pepinos y no tenía que sentir la humillación mientras que trabajaba muy duro en los veranos calurosos. Es difícil saber que alguna vez mi madre se identificaba con esos nombres, pero a la vez es increíble cómo han cambiado las cosas. La humillación sólo fue temporal porque ahora ella no es la que aspira tener lo que tienen los demás o la que es humillada. Ella ha trabajado muy duro para obtener su título de maestría, y ahora es una terapeuta muy respetada en la comunidad.